

mente su amigo. Eso sí, mi padre le había ofrecido a mamá asegurar una nueva reunión para presentar a las dos señoras.

Así que a las cinco lo dejamos solo.

Me dediqué a caminar por las calles. El día de Nochebuena tiene algo de contagioso que me gusta observar en las gentes. Es, en parte, un efecto del frío y del olor a las castañas asadas que se venden en las esquinas de la ciudad. ("Cuando veas los puestos de castañas asadas es que ya debes prepararte para los exámenes" —decían en la escuela; y era cierto.) El 24 de diciembre, además, es el día del armisticio. Todos los padres están confabulados en el bien. Todos. Los serios, los agresivos y los chocantes se sienten hombres de buena voluntad y sonríen con dulzura, con sus paquetes bajo el brazo recordando el mensaje de Cristo por un día; y así hasta el año siguiente. Mi padre también —pensaba al verlos— hará lo mismo el año próximo; y entonces, como para representarlo en ese concierto humano, comencé a sonreír con la gente, a mirar los escapates, a participar en la Nochebuena.

Creo que mamá fue primero a la iglesia y, después, inquieta y nerviosa, llegó a la casa de unas viejecitas amigas de ella,

para comentarles la escena. El caso es que regresamos a casa juntos, cuando sonaban las ocho. Los dos teníamos una gran curiosidad y eso nos hacía ser más que puntuales en la cita.

En la sala estaba mi padre muerto. Más bien parecía dormido, sentado en la misma butaca de cuero donde había estado siempre y con una palidez cadavérica que apenas se diferenciaba de su color natural. Se veía muy serio, con un señorío que —aunque me esté mal el decirlo— no estaba muy acostumbrado a encontrar en él, antes de entonces.

Mi madre pensó que la emoción había sido tan fuerte que le produjo el síncope cardíaco, y el médico que levantó el certificado de defunción confirmó esa teoría. Sin embargo, yo pude encontrar, escondida detrás de la cortina de la sala, una canasta de Navidad llena de latas baratas y de sidra de ínfima categoría; y cuando abrí los puños crispados de mi padre, para amortajarlo, hallé una tarjeta que me explicó toda la situación. Solamente decía:

REGALO DE NAVIDAD. SECCIÓN DE POBRES VERGONZANTES.
CONFERENCIA DE SAN VICENTE DE PAÚL.

DOCUMENTOS

Nehru en la Ciudad Universitaria

PALABRAS DEL RECTOR

Excelentísimo señor Jawaharlal Nehru,
primer ministro de India,
altas autoridades de la Universidad
Nacional Autónoma de México,
señores profesores e investigadores,
señores estudiantes:

Nunca, quizá, como ahora se han abierto más anchas las puertas de la Universidad Nacional de México para recibir a un visitante ilustre. Es que no siempre es fácil que el huésped reúna todos los atributos que inspiran respeto, admiración y simpatía. El huésped que recibimos hoy sí los reúne todos. El mundo entero lo respeta y lo admira porque en su vida, primero de rebelde, después de libertador, y hoy de conductor de su pueblo, nunca dio cabida al engaño; porque fue siempre leal a sus ideas, que es la más difícil de las lealtades; porque de sus palabras y de sus propósitos, que encienden la esperanza entre los humildes, responde toda una vida, y la vida de Jawaharlal Nehru es un ejemplo de pureza y de verdad al servicio de los hombres.

La congruencia de su pensamiento con su conducta empezó muy temprano. Al cambiar sus ideas cuando joven, él, el gran brahmán por nacimiento, el Pandit, se alineó del lado del pueblo y de su libertad. Renunció a todo, a su rango, a su riqueza y a sus privilegios. Se arrancó del pecho el Cordón Sagrado de su casta; rompió sus ataduras religiosas y se entregó a la lucha por la libertad de su país. Él fue quien inspiró a Mahatma Gandhi, su maestro, la declaración de independencia de la India en 1930. Él fue quien salió de la cárcel para negociar la en 1946; él quien después ha luchado por liberar al pueblo de todas las servidumbres, la de las castas; la del feudalismo secular, con la opulencia de sus rajás; la del conformismo religioso, pasivo, ascético, cuando no puro fanatismo, que ha ahogado por siglos la vida de su país.

Su vida entera ha sido una lucha, pero para él la lucha no es lo mismo que la violencia. Los capítulos se suceden unos a otros y para él todos son iguales. Son su contribución en favor de la libertad de India y de la paz del mundo. Largos

años de prisión en las cárceles; largos años de lucha en las calles y en las asambleas; largos quince años de gobierno para hacer que enraice la república y que florezca la democracia en ese mosaico de pueblos y de civilizaciones que es su país.

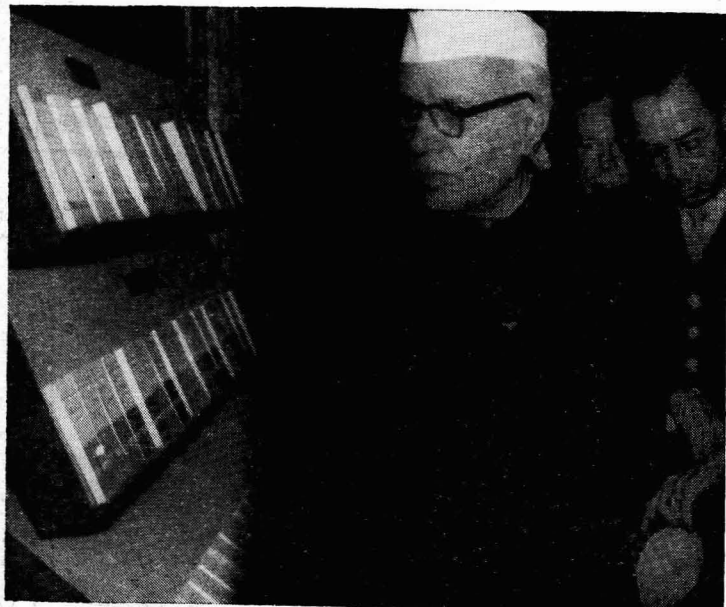
La fuerza para esa lucha la ha sacado de una profunda convicción en el destino del hombre, no, como el Mahatma, de una profunda religiosidad. Sus ideas religiosas las cambió hace tiempo por un sentimiento, religioso si se quiere, pero sin iglesia y sin dogma, que más tiene de humanismo impregnado del amor al bien y del amor al hombre.

Por eso su pueblo lo sigue con fidelidad. Muerto Gandhi, el santo de su libertad, India se ha entregado a Nehru y se ha confundido con él. Lo ha hecho su guía, su conciencia y su voz. Raro caso de un conductor que no pide votos, porque los tiene de antemano; que intenta retirarse de la vida pública y que el clamor nacional se lo impide; que hace de India un Estado laico y en respuesta las muchedumbres lo miran como a un santo.

No todo en él es bondad y comprensión. Es cierto que su característica es la tolerancia, el respeto a las ideas ajenas; pero sabe también de la reacción airada contra las intolerancias y contra los fanatismos, sean religiosos, sean políticos. Por encima de su acción está el pensamiento claro, lúcido, que busca la paz del mundo, pero sólo la paz dentro de la libertad. En ese punto su comprensión se vuelve intransigencia. Los poderes que rigen al mundo no siempre comprenden las ideas de este pensador, que cree más en la fuerza del espíritu que en la de las armas.

Hoy que viene a México, le damos la bienvenida. Nuestro país ha sufrido, como el suyo, y ha tenido las mismas ansias. Para nosotros las palabras libertad, justicia social y fraternidad entre los pueblos son palabras mágicas que polarizan nuestro espíritu. México ha luchado y ha sangrado por ellas hasta la agonía. Por ellas mismas ha resurgido en las horas más crueles de su historia.

Por eso, porque perseguimos sus mismos ideales, la Universidad Nacional de México abre hoy sus puertas, como abre sus brazos, para recibir a su excelencia el señor Jawaharlal Nehru, símbolo de la comprensión entre los hombres y de la paz entre los pueblos.



Jawaharlal Nehru visita la Librería Universitaria

[México, D. F., noviembre 15 de 1961]

Discurso del Primer Ministro de la India señor Jawaharlal Nehru en la Ciudad Universitaria

Señor rector, dignatarios y estudiantes de la Universidad:

Se me ha descrito en el idioma de ustedes en forma tan generosa, con términos exorbitantes tales, que me siento confuso al tomar la palabra. Aunque por ello bien me percaté de que en México, como en la India, se suele ser muy generoso cuando estima a una persona. Mucho le agradezco, señor rector, los amables conceptos que sobre mí ha expresado. Como es francamente desconcertante hablar sobre sí mismo, no me propongo hacerlo; además de considerar que no es un tópico digno de distraer el empleo de su tiempo.

Pero no vengo a ustedes con carácter individual sino, en cierta manera, representando a mi país. Si ustedes me dan la bienvenida, interpreto que la dan a los nuevos esfuerzos que están vivos en mi país. Porque como en México, hemos atravesado por épocas difíciles; hemos sufrido altibajos para, después de haber logrado al fin nuestra libertad, dedicarnos a lograr mayor libertad. Es decir, de la libertad política nos hemos esforzado por alcanzar la económica y la social, sin las cuales la primera hubiera tenido poco significado para la inmensa masa de nuestro pueblo.

Y así, hemos iniciado una gran aventura, aventura que de cualquier manera tendría que ser grande, cuando más de cuatrocientos millones de seres humanos están comprometidos a algo; pero pienso que, además, es grande porque nos hemos esforzado por lograr nuestros objetivos mediante métodos pacíficos. Fue ésta una enseñanza de nuestro gran director el señor Gandhi, y por haber seguido el camino que nos mostrara, logramos nuestra independencia del gran Dominio Británico. Y hemos tratado de permanecer firmes en ese camino, al esforzarnos por lograr los cambios económicos y sociales que estamos persiguiendo.

Como acaso lo saben todos ustedes, cuando la India logró su independencia, había más de quinientos Estados autónomos semi-independientes que guardaban como símbolo los antiguos regímenes feudales. Muchos fueron quienes pensaron que nos sería muy difícil tratar con los llamados rajás y maharajás hindús, y hasta hubo quien creyera que surgirían conflictos en gran escala. Pero, de hecho, resolvimos estos problemas con sorprendente rapidez y, en dos o tres meses, estos estados autónomos de la India fueron absorbidos por la Nueva Unión Hindú, pacíficamente y sin mayores disturbios. Claro que esto ocurrió ante la presión de dos influencias: una, por parte del nuevo gobierno de la India y otra, por parte del pueblo mismo. Así, prudentemente decidieron alinearse con el resto de la India; por otra parte, igualmente el resto de la India y el gobierno de la India decidieron tratarlos con generosidad, sin dirigir ningún poder contra ellos (porque esto habría sido erróneo), sino por otras vías; generosamente, porque además el costo de los conflictos es infinitamente superior a cualquier otro precio que tenga que pagarse.

En esta forma procedimos, pues, respecto al problema de estos Estados de la India (con tal designación se les conocía). En seguida tratamos de resolver el segundo problema que era de máxima importancia en un país agrícola: el problema de la tierra. Como ustedes los tuvieron en México hace muchos años, hay en mi país muchos terratenientes; y también pacíficamente nos enfrentamos a este conflicto y dimos fin al sistema de los grandes latifundios. Pero otros aspectos del problema de la tierra quedaban rezagados y hemos venido resolviéndolos con considerable éxito, de tal forma que, en términos generales, puede afirmarse que, hoy en día, la India es, en el aspecto rural, un país de pequeños propietarios. Y por ser pequeños, por tener modestos recursos, les resulta difícil modernizar sus métodos de producción. Por ello estamos procurando alentarlos para que formen cooperativas en cada villorio o grupo de villorios, y así obtengan mayores recursos que les permitan adquirir nuevos implementos agrícolas y nuevos métodos.

Así, estamos cambiando la faz de la India agrícola de nuestros días, pero no sólo externamente, sino, lo que es aún más importante, arrancándola de sus antiguos senderos y deseos trillados en los que su mentalidad se ha estancado por cientos y cientos de años, y estamos liberando su mentalidad de esclavitudes, costumbres y hábitos milenarios que han entorpecido su progreso.

Algo que puede interesarles conocer especialmente es que estamos descentralizando la autoridad en estas regiones rurales; es decir, estamos dando a los consejos de campesinos gran cantidad de autoridad y de recursos; si bien obtenemos de ellos los impuestos sobre la tierra, los devolvemos a los consejos para que

satisfagan las necesidades de su desarrollo. El antiguo sistema de grandes funcionarios, etcétera, se está transformando, y así, gran parte de la autoridad que aquéllos ejercían en la región rural se está transfiriendo a los consejos de los agricultores. Es éste un gran paso de importancia revolucionaria y lo hemos dado porque hoy en día existe una tendencia a la centralización general de la autoridad, independientemente de su naturaleza. En el aspecto industrial, el proceso de centralización continúa y seguirá adelante, en nuestra opinión; pero mientras que la inevitable descentralización se realiza plenamente, deseamos, al mismo tiempo, descentralizar en donde sea posible, porque estimamos que demasiada centralización interfiere con la libertad del individuo.

Así pues, tratamos de equilibrar estos elementos y, no obstante, en este esfuerzo de equilibrio no llegaremos muy lejos a menos de que la posición económica mejore, de que su capacidad productiva aumente y de que el nivel de vida del pueblo se eleve. Esto es fundamental para cualquier programa, y por ello hemos tenido nuestros planes quinquenales, de los cuales atravesamos por el tercer período.

Creo que, en términos generales, podemos estar orgullosos de nuestros resultados. Pero no me toca juzgar lo que otros examinarán. Hemos tenido enormes dificultades: una vasta población que aumenta vertiginosamente y todo género de desastres, que hemos sufrido al igual que ustedes, tales como inundaciones, catástrofes, terremotos — entiendo que ustedes sufrieron un gran terremoto también hace algunos años. Pero a pesar de ello seguimos adelante.

Ahora bien, en términos económicos y sociales, estamos tratando de construir una India nueva. Pero no queremos, sin embargo, romper los lazos con la antigua, porque valoramos lo que se ha hecho en el pasado y los principios en que se ha creído, así como algunos de los ideales que se ha tenido presentes. Por ello, tenemos que encontrar una síntesis para la antigua India que ha durado, digamos, cinco mil o más años, y la nueva India que se está construyendo. Sobre todo, el pasado ha condicionado nuestra lucha pacífica por la independencia, y el presente, nuestras actuales necesidades de pensar apasionadamente en la paz. Porque si la paz del mundo se quebranta en gran escala, toda nuestra labor se verá afectada. De hecho, toda la obra del pasado sufre y, en esencia, el problema de la paz y de la guerra es, en nuestros días, casi un problema de supervivencia de la civilización, de los hombres civilizados. Así, el conflicto al que se enfrenta el mundo actual es avasallador; se presenta a nosotros hoy en día, aunque acaso afecte más a la generación joven que a la anterior. Ahora bien, me resultaría difícil ofrecer una solución a cualquiera de ustedes que me consultara sobre estos difíciles problemas, pero hay un aspecto sobre el que desearía hacer hincapié ante ustedes, ante cualquiera, pero muy especialmente ante gente conectada con las universidades, y se trata de una gran lección que aprendí del señor Gandhi: que los medios son tan importantes o más importantes aún que



Nehru y el rector Chávez

los fines. Permítaseme explicarme: un fin es un objetivo al que se apunta, se prepara el trabajo para su consecución. Pero la forma en que se trabaja para alcanzarlo, de acuerdo con el señor Gandhi, es tan importante como el fin. Esto es, que si se adoptan métodos erróneos para conseguir el objetivo recto, el recto objetivo sufre y se convierte en un fin malo. Resulta evidente que si tenemos que ir a algún lugar, que si tenemos que hacer un viaje o una peregrinación a cierto sitio, es menester seguir el camino idóneo, aquel que nos lleve hacia él, y por tanto no es posible tomar un mal camino, porque éste nos ha de llevar a otra parte. Empero, por extraño que parezca, hoy en día hablamos de un objetivo y adoptamos caminos equivocados que nos desvían de él a través de guerras y conflictos. Por ello, es importante que nuestros medios, los medios que empleemos, nos sean un auxilio y no un escollo. En el mundo actual impera, como lo saben ustedes, la llamada guerra fría. Ahora bien, lo que quiere alcanzarse con esta guerra fría se me escapa. Puedo entender que la guerra fría se desencadene por odios y temores que pueden comprenderse; pero me resulta perfectamente evidente que mediante los métodos de la guerra fría nada bueno puede resultar, porque con ellos aumentan los temores y odios y, a medida que se acumulan, inevitablemente llevan a un conflicto mayor que el que con ella tratamos de evitar. Y así surge el extraño espectáculo de aquellos países que sinceramente desean la paz —y no me cabe duda de que cada país la desea en nuestra época— y sin embargo se regodean en los odios y temores de la guerra fría, creando así ellos mismos una atmósfera que desemboca en un conflicto bélico. Además de sorprendente, esta reacción parece carecer totalmente de lógica; y sin embargo existe.

Otro punto que nos convendría considerar es el aspecto curioso de que el mundo ha realizado grandes, magníficos progresos, en ciencia, en tecnología, en producción de materiales y satisfacciones para la vida, y que hoy en día puede estar en el umbral de una nueva vida, de una nueva edad, con los viajes espaciales y empresas semejantes. Pero si bien el mundo ha logrado sorprendentes adelantos en este aspecto, de cierto modo la mente humana permanece a la zaga y piensa según términos muy limitados, que son totalmente inadecuados hoy en día, en esta edad de aviones de propulsión y de viajes espaciales. Se aborda un avión de propulsión a chorro y en media docena de horas se cruza media docena de países; pero si pensamos en viajes espaciales, como podrá ocurrir en la próxima década, esta rapidez parecerá primitiva. Así pues, nuestras mentes siguen condicionadas por el pasado, porque hemos abordado el siglo xx con la mentalidad del siglo xix, por lo cual nuestras mentes no caben en él. Al ocurrir estos disturbios nuestra mentalidad colectiva debe adaptarse en alguna forma a las nuevas circunstancias. Y hablo de mentalidad colectiva (porque claro que habrá personas individualmente consideradas que no quepan en esta categoría) porque, a menos de que logremos modificarla, continuará el conflicto. ¿Cómo evitarlo? Resulta difícil contestar a esta pregunta, pero ciertamente nada se logrará si constantemente actuamos en términos de esta guerra fría, de estos odios; porque estoy absolutamente convencido de que nada bueno puede producir el temor y el odio. En nuestra época resulta difícil a un país hacer algo que produzca un cambio trascendental en la situación del mundo. Hemos fomentado una liga de Naciones Unidas que alguna labor laudable ha hecho; no siempre hemos estado de acuerdo con ella, pero hemos de reconocer que la liga de Naciones Unidas es esencial para el futuro del mundo. Sin ella no sabemos exactamente qué ocurrirá, pero si desapareciera tendríamos que crear una nueva.

Y así, vivimos un momento en que gran número de gente y de naciones son bien intencionadas, tienen buenas inclinaciones y desean paz; pero están imposibilitadas porque ignoran cómo proceder y ven que el mundo se deja arrastrar por malas direcciones. Pues bien, las Naciones Unidas pueden ayudar. Cada país puede auxiliar. Pero en última instancia, lo que cuenta es el sentimiento general de la gente. Y supongo que la juventud es la que puede enfrentarse a estos problemas sin el lastre de odios y temores provenientes del pasado; es la juventud quien será capaz de lograrlo, por lo cual es verdaderamente importante el modo de pensar que sobre estos problemas tiene la joven generación y la forma en que se encauce para lograr sus propósitos. De otra manera, ignoramos cómo serán las próximas generaciones. Einstein predijo que la guerra que siguiera a la próxima se pelearía con arcos y flechas. Con ello quiso significar que la próxima guerra pondrá fin a los hombres civilizados para volverlos a sumir en condiciones primitivas de barbarie.

Vivimos en una era emocionante, llena de incentivos y de peligros, especialmente para los jóvenes. Esto es bueno, aunque también peligroso.

En nuestras viejas tierras hemos construido nuestros países; los hemos hecho prósperos, pero también hemos dirigido la mirada de nuestra gente hacia caminos de paz y cooperación con otros países, y por el estado actual del mundo queremos que se nos auxilie en la propagación de este sentimiento positivo en favor de la cooperación y de la paz.

Hace muchos años, aproximadamente 2,200, hubo en la India un gran emperador, el emperador Ashoka. Fue un hombre admirable porque, luchando en una guerra para conquistar un trozo de la India que estaba fuera de sus dominios, repentinamente, cuando se le informó sobre los horrores de aquella guerra, en medio de la victoria, la dio por terminada. ¡Y vaya que es excepcional el que uno se detenga para volverse atrás cuando se están saboreando los triunfos de la victoria! Pero él dio la orden de que no hubiera más guerras, y declaró que la única lucha que emprendería sería aquella contra la ignorancia y contra la injusticia. Dejó Ashoka unas columnas y estelas inscritas con este mensaje hace 2,200 años, en el tercer siglo antes de Cristo. Son muchos los mensajes grabados en ellas, pero uno que presenta singular interés es el siguiente: dice a sus súbditos —adeptos de su propia fe—: “Debéis honrar vuestra fe, las opiniones de vuestra juventud, pero honrad también las opiniones de aquellos que difieran de vosotros, que e los honrarán las vuestras.”

Ahora bien, es éste, esencialmente, el principio de tolerancia, característico del pensamiento de la India: tolerar a los demás, vivir y dejar de vivir. Ello no significa que en mi país se viva sin excepción según estos principios, no se interprete erróneamente a mi pueblo, porque frecuentemente fallamos; pero insisto en que, a pesar de ello, independientemente de lo malos que podamos ser, la esencia del pensamiento hindú ha girado en torno a este principio de tolerancia.

Otra verdad deseo apuntar, aún más antigua que la de Ashoka. Ashoka fue un gran budista, pero vino 300 años después de Buda. Buda afirmó repetidamente que la mayor y la mejor victoria es aquella en la que nadie resulta derrotado — porque cuando todos son vencedores no hay lugar a amarguras, las que originan nuevos conflictos cuando sólo triunfa una parte. Y no es que no sea imposible ni raras veces posible lograr la perfección en los asuntos humanos, es decir, la realización a la manera de santos y de grandes profetas. Pero aparte de ello, lo importante es la mentalidad. Si se aprueba el principio de que una tendencia aplaste a otro partido, a otro país, a otra persona, estamos ante un enfoque erróneo que dará lugar a que surja un conflicto. Se podrá tener que poner fin a algo, y de hecho, poner fin al mal mismo. Acaso se acabe con él, pero no con la idea de destruir, de aplastar a los demás, sino siempre con la idea de que la mejor victoria es aquella que aprovecha a todos.

Me temo que cuanto he dicho a ustedes haya sido un tanto vago y amorfo. Pero me resulta difícil hablar concisamente sobre cualquier tópico, improvisando en un plazo relativamente corto. Deseaba decirles lo que estamos haciendo en la India; deseaba decirles cuánto ha sido nuestro interés por la historia de México, no sólo en estos momentos, sino aun en los días de nuestra lucha. Deseaba comunicarles cuánto nos han interesado ciertos cambios revolucionarios de los que sufriera su estructura social hace 40 o 50 años. Hemos tratado de aprender una lección con ellos. Hay mucho más que decir, pero puede proseguirse en largas historias, y creo que esto compete a los escritos y estudios de los historiadores.

Hoy en día, los historiadores pueden y deben escribir, pero muchos de nosotros tenemos que ser actores en la escena mundial, y esperamos poder actuar en este escenario mundial con dignidad y con la mira definitiva de establecer la paz en este mundo. Por extraño que parezca, por vez primera, en la historia de la humanidad, los recursos del mundo pueden satisfacer las necesidades vitales de cualquier ser humano. Ya la pobreza no tiene las proporciones que tuviera en el pasado. Podemos crear condiciones de bienestar para todos, que beneficien a todos, mientras logramos alcanzar un progreso total.

En este momento tenemos que enfrentarnos a la crisis para evitar la guerra y destrucción de la humanidad. Tratemos de evitar esta catástrofe y tratemos sinceramente de transformar la mente del hombre trayéndola del siglo xix a mitades del siglo xx; y digo siglo xix, a pesar de que la mente de muchos data de mil y no sólo de cien años atrás, y aunque vivan en el mundo moderno, su modo de pensar es tan anticuado que no existe relación entre ella y las actuales condiciones del mundo.

Mucho agradezco, señor rector, y a todos ustedes, señoras y señores, por su cordial bienvenida y por su afecto. Muchas gracias.